

## 1. Moras y espinas

Emily tan solo contaba con cinco años cuando su padre decidió partir hacia la guerra. Ahora, con el doble de edad, esperaba con impaciencia a que descendiera del carruaje que había detenido junto a la puerta.

Apenas albergaba algún recuerdo en su memoria, algún rasgo de su personalidad. No sabía si tenía la manía de hablar con la boca llena, o si compartía con ella su gusto por el beicon frito. Cuántas veces había fantaseado, observando un retrato suyo, con compartir agradables paseos juntos, mantener una agradable conversación sobre historias pasadas, o que le enseñara a patinar sobre el lago helado. Tener algo que recordar de él, sus propios recuerdos y no los heredados de otras personas.

—Puedes estarte quieta —le recriminó su abuela.

Emily no era capaz de mantener los pies parados, y Camile comenzaba también a ponerse nerviosa.

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó la niña con el ceño fruncido.

—Yo también estaría avergonzada si hubiera dejado a esta pobre criatura, sola y desamparada. ¡Cómo se le ocurre! —respondió.

—No seas melodramática, Camile. Nosotros hemos estado a su lado y nunca le ha faltado de nada, pero ahora necesita a

su padre. Así que guarda tus reproches para otra ocasión —le aconsejó su marido reprochándole su actitud.

—¿Me pides que me quede callada como si nada hubiera sucedido? No, Charles. No pienso hacerlo.

—Por favor, abuela. Se lo ruego, hágalo, aunque sea por mí —dijo, poniéndole cara de pena.

Camile nunca aceptó de buen grado la boda de su hija con Fredrick. Poderosos políticos, acaudalados banqueros e importantes empresarios habían luchado por su mano. Pero ella optó por casarse con un inglés, de noble apellido, sin un centavo en los bolsillos. De nada le sirvieron los castigos, las discusiones acaloradas o las amenazas con desheredarla. Al final tuvo que aceptar los caprichos de su hija. Fredrick había conseguido, con los años y tras muchos esfuerzos, ganarse el respeto y la confianza de los Ragsdale, pero su precipitada marcha había tirado por tierra todo lo conseguido.

—De acuerdo, no diré una sola palabra. Pero cuando las aguas vuelvan a su cauce, tendré unas palabras con él. ¡Vaya si las tendré! —dijo, amenazante, levantando el dedo.

La puerta del carruaje se abrió. El Fredrick que descendió, ojeroso y cansado, no era el mismo hombre fornido, pulcro y elegante que había partido hacía cinco inviernos. Con una visible cojera, avanzó con paso lento hasta la puerta donde su familia esperaba asombrada. Durante un breve lapso, nadie se decidió a dar el primer paso o a articular una palabra. Solo se miraban unos a otros, como si fueran auténticos desconocidos. Por fin, Emily decidió soltarse de los brazos de su abuela, y corrió al encuentro de su padre. Ambos se fundieron en un cálido abrazo.

—No sabes cuánto te he echado de menos, pequeña —confesó Fredrick, apretándola entre sus brazos—. Espero puedas perdonarme algún día.

—No hay nada que perdonar, padre —dijo la niña, emocionada.

No le guardaba ningún rencor. Solo quería comenzar de cero, como si nunca se hubiera ido.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Fredrick. Había esperado tanto tiempo para volver a oír aquella sencilla palabra de boca de su hija que no pudo evitarlo. Se secó las gotas que le escurrían por la mejilla con las mangas raídas de su chaqueta y se puso en pie emitiendo un quejido de dolor.

—Cómo has crecido, te has vuelto toda una mujercita —dijo orgulloso, echándole un vistazo.

—Pues usted está hecho un asco —dijo Emily en tono burlesco.

Su padre soltó una sonora carcajada.

—Me gusta tu sinceridad, me recuerdas tanto a tu madre... Sé que tienes muchas preguntas que hacerme. Te prometo que te contestaré a cada una de ellas en cuanto me recupere del viaje, necesito descansar.

Emily no puso pega alguna. Si había esperado durante tantos años, ¿qué eran unos pocos días más?

Durante unos meses, Fredrick permaneció en casa de sus suegros. Se sentía cómodo en la lujosa habitación de los invitados de los Ragsdale. Pero las continuas visitas comenzaron a importunar a la anfitriona. Así que, cuando sus heridas cicatrizaron y su hija dejó de mirarle como si fuera un extraño, tomó la decisión de regresar a su casa.

Charles compró Mulberry cuando su hija, Marie, apenas era un bebé, y fue su regalo de bodas cuando ella se casó con Fredrick. Estaba situada en Jamaica Plains, lejos del bullicio y del humo de las fábricas; un terreno de unas diez hectáreas con un bonito jardín. Gregory Adie —un concienzudo y terco irlandés— y su hijo se preocupaban de que presentara un aspecto impecable. Era el lugar ideal para pasear en las tardes veraniegas o en el que esconderse entre el manto de ocres y marrones

durante los largos otoños. Incluso albergaba un intrincado laberinto hecho de setos frondosos y bien recortados. Si uno era capaz de transitar entre sus verdes paredes vegetales sin perderse, se encontraría con una imponente escultura de piedra.

Sobre la colina, con una vista privilegiada, se encontraba la vivienda de estilo neogótico, obra de un reputado arquitecto local. No era tan lujosa como la de sus abuelos, pero igual de bonita y acogedora. Numerosos objetos antiguos, y de gran valor histórico se hallaban desperdigados por sus rincones: desde arcaicos relojes, pasando por máscaras funerarias egipcias, cuadros renacentistas, objetos celtas... ¡parecía un auténtico museo! Fredrick sentía predilección por las antigüedades. De sus continuos viajes alrededor del mundo se había traído multitud de historias y objetos consigo. Allí, en su paraíso terrenal, compartió los mejores momentos de su vida junto a su esposa. Pero un terrible suceso cambió su vida para siempre.

Emily paseaba junto a su padre por el jardín, con el invierno anunciando su llegada. Aprovechaba cualquier oportunidad para estar con él, ya que Fredrick pasaba la mayor parte del tiempo trabajando, y apenas habían tenido tiempo para estar juntos. El trabajo en la fábrica textil mantenía su cabeza ocupada y alejaba su mente de los malos recuerdos de la guerra. En cambio, ella evitaba hablar siempre de ese tema y se interesaba en los asuntos más personales.

—Esta pierna me está matando —se quejó, tocándose el muslo—. ¿Te parece bien si descansamos un rato?

Se sentaron en un banco cercano, junto al lago, el lugar preferido de su hija. Cuando algo le atormentaba, Emily permanecía allí observando las aguas, aunque fuera desde la lejanía. Tenía prohibido acercarse a la orilla, pues no sabía nadar.

—Tu madre y yo solíamos sentarnos aquí y admirar la puesta de Sol.

Ves aquel edificio —dijo, señalando la deteriorada cons-

trucción de madera cercana al embarcadero—. Cuando éramos jóvenes nos habituamos a escondernos allí, era nuestro lugar secreto. No teníamos otra manera de vernos sin que nadie nos molestara. Incluso tuve que cruzar algunas veces el lago a nado... ¡No veas lo helada que estaba el agua en otoño!

Emily conocía su historia de amor. Había encontrado las apasionadas cartas que Fredrick le dejaba a su esposa en una caja escondida bajo el suelo carcomido.

—¿Cómo era? Apenas la recuerdo —confesó, entristecida.

—No he conocido a una mujer igual —dijo con la vista perdida en el horizonte—. Valiente, sincera y muy guapa... como tú. —Le acarició el pelo—. Tu madre siempre tuvo muchos pretendientes, ¿sabes? Pero al final me escogió a mí. —Esbozó una sonrisa y luego miró al suelo—. Te quería mucho, Emily. No sabes hasta qué punto —le reveló contemplándola con los ojos vidriosos—. Veo que aún llevas el colgante que te regaló.

—¿Por eso te fuiste?

No podía esperar más para preguntarle por qué había estado tantos años lejos de ella, negándole su cariño, justo en el momento en el que más le necesitaba.

—Es complicado. Perder a tu madre me dejó destrozado, pero jamás te hubiera abandonado de esa manera.

—Entonces ¿cuál fue la razón? ¿Te avergonzabas de mí? No soportaste la idea de no tener una hija normal —confesó, cabizbaja.

—¡Normal! ¿Qué tontería es esa? —preguntó, sorprendido.

—¿Nunca has sentido vergüenza de mi aspecto?

—Jamás —dijo con rotundidad—. Me encanta tu preciosa melena blanca, te hace un ser muy especial. Eres especial, no lo olvides nunca.

Cuando contaba con cuatro años, Emily comenzó a experimentar un cambio inesperado, uno sin explicación aparente.

Su pelo, antes de color negro azabache, fue tornándose hacia tonos grises hasta quedar completamente blanco. La noticia de la niña de cabellos blancos corrió como la pólvora —incluso fue publicada por el *Boston Post*— y muchos médicos quisieron acercarse hasta West Roxbury. Ninguno logró dar con una posible solución, y solo se dedicaban a emitir cualquier tipo de conjeturas que se les pasara por sus ilustres cabezas. En aquella época se sentía como un monstruo, como un exótico animal de circo. A pesar de los esfuerzos de sus padres por poner remedio a la situación, se consideraba un ser extraño. Después de un tiempo, todo volvió a su cauce y, como pasa con las modas, dejó de ser de interés para la gente. Emily usaba un gorro para ocultar su cabellera blanca y siempre llevaba el pelo lo suficientemente corto para poder ocultarlo en su interior. Cuando paseaba por las calles, los niños la miraban como si aquejara una enfermedad contagiosa y le señalaban con el dedo escondiéndose tras sus padres.

—Vamos, comienza a hacer frío —dijo Fredrick—. Entremos en casa, Rosie nos preparará un buen chocolate caliente. Por cierto, ¿te gustan los acertijos?

## 2. Fiestas y secretos

—Señorita Emily, es hora de levantarse.

Emily lanzó un bostezo, y decidió hacer caso omiso a su doncella, siguió durmiendo como si nada. Pero después de las reiteradas insistencias del aya, no le quedó más remedio que levantarse.

Había pasado un año del regreso de su padre y, por fin, todo había vuelto a una razonable normalidad. Como muestra de ello, Fredrick había decidido recuperar una vieja tradición familiar de los Culpepper, una fiesta prenavideña. Un gran árbol de Navidad, de varios metros de altura, y cargado de adornos navideños, coronaría el salón y, a su alrededor, los invitados sentados en sus cómodos asientos disfrutarían del champán, el elaborado menú y la música de la banda.

Después de su aseo vespertino, y vestida con su traje de mañana, salió del dormitorio sur —aún adormilada— hacia el pasillo y descendió rumbo al comedor, lugar en el que servirían hoy el desayuno. Se asomó por el cristal del *hall* de servicio y echó un rápido vistazo. El personal uniformado entraba y salía por la puerta con ritmo frenético: unos traían flores, otros adornos navideños, muebles auxiliares o grandes jarrones... un sin fin de viajes de idas y venidas, como si fueran hormigas trasladando su colonia.

El olor a tostadas con mermelada y café invadió su nariz nada más entrar al comedor. Fredrick, como todas las mañanas, se sentaba junto a una pequeña mesa de madera cercana a la puerta donde disfrutaba de una taza de café, y leía el periódico con detenimiento.

—Buenos días, padre —se acercó a él para que le besara la frente—. Menudo lío que hay montado.

—Quería algo más sencillo, no sé, invitar a unos cuantos amigos. Pero Camile insistió en ampliar la lista de los invitados —respondió con cierto desagrado—. Por cierto, te ha comprado un vestido. —Dejó la gaceta sobre la mesa, y le entregó una bolsa de tela de gran tamaño que había a su lado.

—¡Un vestido! —exclamó. Sacó la prenda del envoltorio y corrió hacia el espejo del *hall*—. ¡Es precioso!

—Me alegro que te guste —volvió a coger de nuevo el rotativo—. No te olvides de agradecersele. Ya sabes cómo es...

—Es de L'aguille. —Emily había reconocido su característico diseño, una aguja enhebrada con un hilo formando el nombre en francés—. Me alegro de que la abuela no me obligase a acompañarla. No soporto a las gemelas.

Ashley y Tina eran las hijas repelentes y mimadas de Margaret, la propietaria de L'aguille. Era una de las *boutiques* más reputadas de la ciudad que contaba entre su distinguida clientela a algunas de las esposas del Brahim de Boston. A pesar de que su madre disponía de excelentes costureras, las gemelas preferían lucir los archiconocidos diseños de Worth antes que los de su propia madre.

—Creía que os llevabais bien —apuntó su padre, agachando el periódico.

—Preferiría jugar con lobos hambrientos llevando un collar de chuletas antes que con esas dos.

Fredrick se rio, cogió a la muchacha y la puso sobre su regazo.



—Tú siempre tan directa. —Le dio un beso en la mejilla y la dejó de nuevo en el suelo—. Ahora sube a cambiarte con Rosie y ponte ese precioso vestido, tu abuela está a punto de llegar.

Con el Sol poniéndose sobre el horizonte, los invitados comenzaron a hacer acto de presencia. Fue un día ajetreado para Happy, el chófer de la familia, pues era el encargado de organizar los carruajes que iban llegando. Llevaba puesta una impecable librea y se afanaba en dirigir a los otros chóferes —siempre con una perenne sonrisa— hacia la explanada del aparcamiento, o señalarles el camino de las cuadras. Después de la interminable recepción, Emily subió a su habitación y se dedicó a observar, desde el alféizar de la ventana, cómo llegaban los demás invitados. Lo más selecto de la sociedad bostoniana se encontraba allí: senadores, periodistas, empresarios... Todo aquel que tenía un nombre o una reputación estaba o quería estar allí. En la fiesta no faltaba de nada: extravagantes menús, bebidas exóticas o la agitada sinfonía de los violines... Todos parecían disfrutar de la velada. Las risas y la música inundaban cada rincón de la casa y los brindis eran la melodía de la abundancia en aquella época. Mientras duraba la ceremonia, Emily mataba el tiempo en compañía de Tim, su mejor amigo y el único de los chicos de la zona que no la miraba como un bicho raro. Él también había padecido el sentimiento de rechazo, las constantes burlas y las bromas pesadas de los demás niños. El incendio de su casa le había dejado terribles secuelas por todo su cuerpo. Una cortina juguetona y una vela mal apagada habían sido las culpables de su fatalidad, convirtiéndole en un blanco fácil para las mofas.

Después de una entretenida partida al juego de la oca, el dulce olor de la tarta ascendió por las escaleras de servicio y no tardó en colmar con su dulce aroma la pequeña nariz del muchacho.

—¿No huele de maravilla? —apuntó, relamiéndose.

—Ya deben estar sirviendo el postre —advirtió Emily—. Bajaré a por un pedazo.

—Emily, puedes...

—Sí —dijo, adelantándose a sus intenciones—, te traeré un buen trozo—. A Tim le encantaban los dulces, era como una hormiga encerrada en el cuerpo de un niño.

Descendió por las escaleras utilizadas por el servicio —para evitar tener que cruzarse con algún conocido— hacia la cocina. Allí se encontró con un ritmo frenético: cientos de comensales esperaban ansiosos su porción del delicioso postre. Rosie colocaba los pedazos con delicadeza sobre los platos de la vajilla china. Ida, la hermana pequeña de Happy, se dedicaba a observar con el gesto torcido cómo los camareros rellenaban las bandejas. De vez en cuando movía los brazos acompañados por pequeños sonidos guturales.

—Tienes que reconocer que tiene muy buena pinta —dijo a la enojada asistente. Ida se cruzó de brazos rezongando.

—Llevo todo el día intentando explicarle que no nos habría dado tiempo a hacerlo nosotras, pero es terca como una mula —le comentaba Rosie sin dejar por un momento la tarea.

—¿Te enfadarás conmigo si me llevo un par de trozos? —Ida se giró, molesta—. Estoy segura de que, si lo hubieras hecho tú, te habría salido mejor —le dijo, intentando limar asperezas. La mujer asintió con la cabeza y se volvió de nuevo.

—Déjala, ya se le pasará.

Emily regresó hacia la habitación y cruzó el pasillo pasando por delante del gabinete. Le extrañó ver la puerta entreabierta. Dentro, se oía el rumor de unas voces masculinas. Se acercó y oteó a través de una pequeña abertura.

—En Londres. —Su padre se encontraba reunido con otras

dos personas: una estaba de espaldas a la puerta —por lo que no pudo verle la cara— y a su lado se encontraba James, el padre de Tim, con su erizado bigote tan característico. Le extrañó verlos reunidos en el gabinete y no en el despacho, como hubiera sido lo habitual.

—¿Londres? —preguntó James, sorprendido—. No se molestaron mucho en esconderlo.

—A unos cincuenta kilómetros, para ser más exactos. No ha sido una tarea fácil, James. Han tardado casi tres años en dar con ella —le informaba Fredrick.

—Suerte haberte cruzado con el sobrino de ese arqueólogo inglés —añadió el hombre de espaldas. Su sorpresa fue mayúscula cuando por fin pudo verle la cara. Era Gregory, el jardineiro de la familia. En los más de diez años que llevaba con ellos, no recordaba haberle visto adentrarse más allá de la cocina y mucho menos aventurarse a subir al piso superior, un espacio reservado en exclusiva para el entorno familiar.

—Su tío trabaja con el profesor Hoyte. Cuando me contó que había dedicado casi toda su carrera a buscarlo, casi no podía creérmelo. —Abrió el botellero y sirvió unas copas de güisqui—. Hacía más de un año que las excavaciones estaban paradas, a nadie parecía interesarle el tema y se había quedado sin financiación.

—Por suerte ahí estabas tú para firmarle un generoso cheque —bromeó James mientras aceptaba con gusto la copa.

—Siento lástima por él, tantos años de trabajo..., pero no tenemos otra opción. No podemos arriesgarnos a que caiga en las manos incorrectas —explicaba Fredrick—. Un museo no es un buen lugar, un algo tan peligroso.

—¿Por qué no nos avisaste antes?

—Le envié una carta a Howard nada más enterarme. Compréndeme, James —dijo, poniéndole la mano en el hombro—. No quería levantar sospechas. Ya sabes, toda precaución es

poca.

Fredrick iba ataviado con un elegante traje de corte clásico que le hacía aún más alto.

—¿Y el Monasterio? ¿Cuándo podremos verlo de una vez? Estoy harto de esa apestosa taberna.

—Paciencia, Greg. Todo a su debido tiempo.

—¿Está lejos de aquí? —preguntó James.

—Ni siquiera yo sé dónde se encuentra.

—¿Te fías de Stevenson?

—Greg, créeme cuanto te digo. Pondría mi vida en sus manos si fuera necesario.

—Confío en tu palabra, Fred. Espero que no te equivoques.

—Si nadie sabe dónde está, ¿cómo vamos a llegar allí? —preguntó James.

—La luz será nuestro guía.

Se dirigió hacia un armario y sacó una vela.

Todos se rieron al unísono, como si hubiera contado un chiste gracioso.

—Eres incorregible, Fred.

—¿Emily? —dijo Tim, tocándole el hombro—. ¿Qué...?

La muchacha se apresuró a taponar la boca a su amigo.

—Volvamos a la habitación.

Sentados sobre la moqueta del dormitorio, Tim regañaba a su amiga. No parecía muy conforme con su actitud.

—¿Qué se supone que estabas haciendo? ¿Espías a nuestros padres? —preguntó, asombrado y molesto al mismo tiempo.

—Solo quería echar un vistazo..., al principio. —Dejó el plato de la tarta sobre la mesita y cogió el retrato de su padre—. Creo que nos están ocultando algo.

—¡Pues claro que nos ocultan algo! ¡Son adultos! Y los niños deberíamos mantenernos al margen.

—¿Sabes algo sobre un lugar llamado el *Monasterio*? —siguió

hablando sin hacerle caso.

—¿Un monasterio? ¿En Boston? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—Creo que es una especie de lugar secreto o algo así.

Dejó de nuevo el retrato en su sitio.

—¿Y eso te parece un motivo suficiente para espiarlos?

—No es solo eso, Tim. Tienen pensado robarle un objeto a un tal profesor Hoyte. ¿Para qué querrán hacerse con él?

—¿Por qué tienes tanto interés en averiguarlo? —Dejó el plato vacío sobre el suelo—. Lo mejor será que nos olvidemos del tema. Si tu padre ha decidido ocultártelo, su motivo tendrá. Puede que descubras algo que no te vaya a gustar. Deja que los mayores se ocupen de sus problemas.

Sabía que su amigo estaba en lo cierto, no tenía ningún derecho en inmiscuirse en asuntos que no le afectaban. Así que, por esta vez, decidió olvidarse del tema.

Emily se levantó con la respiración acelerada y empapada en un sudor frío. Había tenido un sueño horrible. En él, aparecía una mujer vestida de blanco con una tiara sobre la cabeza, le cantaba una bella melodía y, luego, desaparecía bajo las aguas. Luego, surgido de la nada, un oso le perseguía por una casa abandonada, enseñando sus afilados dientes y golpeando las paredes con su peludo cuerpo. Se puso una gruesa bata y se sentó sobre el alféizar. La noche era clara, iluminada por la tenue luz de la luna llena. Las hojas revoloteaban juguetonas entre los árboles empujados por el viento y las calles permanecían vacías.

El sonido metálico de unos goznes la advirtió de que había alguien más despierto. El ruido procedía del dormitorio de su padre, justo al lado del suyo.

«Quizás él tampoco pueda dormir», pensó.

Incontables habían sido las noches en las que le había escuchado sollozar, o gritar el nombre de algún compañero caído en la batalla. Emily se acercó a la puerta y, arrimando su oreja, pudo escuchar con claridad los pasos de Fredrick alejándose.

«¿A dónde irá a estas horas?».

Abrió la puerta de su habitación con sumo cuidado y observó el pasillo, su padre ya se había ido. Su habitación estaba abierta y, aprovechando su ausencia, decidió echar un vistazo. Era la primera vez que sus pies pisaban el suelo enmoquetado del dormitorio paterno desde la reforma. Era una estancia sencilla en comparación con las demás habitaciones. Había poco mobiliario: un pequeño escritorio, un par de estanterías y, sobre la cama, multitud de papeles esparcidos. Se acercó hasta ellos y comenzó a examinarlos uno a uno, por simple curiosidad. Había cientos de documentos: desde cheques, pagarés hasta cartas enviadas desde Inglaterra firmadas por alguien llamado Evan Gale.

—Esto parece interesante —dijo al encontrar el proyecto de excavación mencionado por su padre. Los trabajos habían sido realizados en Amesbury, cerca de Londres, y estaban siendo supervisados por Charles Edgar Hoyte, un catedrático de Historia de la Universidad de Cambridge. No había ninguna información sobre lo que estaban buscando ni cuál era el motivo de la excavación. Siguió examinando entre las decenas de papeles hasta que encontró una carta manuscrita por el arquitecto de su casa, el señor Peter Stevenson:

*Boston, 14 de marzo de 1863*

*Estimado señor Culpepper:*

*En vista de que la fecha de su regreso se me antoja desconocida, es menester mío dejarle este pequeño escrito en manos del señor Ragsdale. Agradezco de antemano la confianza depositada en mi persona para llevar*

*a cabo este misterioso, aunque apasionante proyecto. Le he entregado todo el material, planos, bocetos e información en una carpeta cerrada y lacrada, tal y como me pidió. Hemos sido muy delicados con las especificaciones de la cámara y hemos seguido sus directrices al pie de la letra. He dejado la llave en el lugar acordado, pero no le diré cuál ha sido la opción escogida. Espero quede conforme con la explicación.*

*Ha llegado hasta mis oídos de su afición a los acertijos y me he tomado la libertad de proponerle uno, espero no provocarle ningún perjuicio por ello. Reza así:*

*Nazco del fuego,  
pero mi cuerpo es frío.  
Sangro sin herida,  
soy amigo y enemigo.*

*Estoy convencido de que no tendrá esfuerzo alguno en averiguar de qué se trata, dada mi total ineptitud para crear buenos acertijos. No obstante, la solución se halla en la parte trasera de este escrito, por si no desea participar en este juego. Espero verlo pronto y poder contrastar sus opiniones respecto a nuestro trabajo, mientras disfrutamos de una buena copa de vino.*

*Crunos Resani*

*Atentamente  
Peter Stevenson*

Emily inspeccionó la parte trasera de la hoja donde encontró una frase en latín:

*Unicornem quaere, aequilibrium restitue.*

Pero este no fue el hallazgo más llamativo de la noche, lo

que más le atrajo la atención fue un candelabro. Y no es que tuviera una forma extraña o estuviera hecho de un raro material; era el lugar donde estaba situado. Lo lógico hubiera sido encontrarlo sobre la mesita de noche, sobre todo cuando uno necesita de la luz para ojear los documentos que había tirados sobre la cama, y no sobre la repisa exterior de la ventana. Abrió la ventana para observarlo más de cerca. Un escalofrío recorrió su cuerpo al ver, unos metros más abajo, un hombre encapuchado moviéndose en la oscuridad. La visible cojera pronto le rebeló que se trataba de su padre. Caminaba apoyado en su bastón y portaba un objeto alargado envuelto por una tela bajo el brazo. Un carruaje de color negro le esperaba en la entrada principal al otro lado de la verja. Fredrick sacó algo de su bolsillo y se lo entregó al chófer. Entró en el carruaje y se alejó por la calle a toda velocidad.

Emily regresó a la habitación aturdida, como si sus ojos le hubieran jugado una mala pasada o aún estuviera soñando. ¿Por qué su padre se comportaba como si fuera un vulgar ladrón? Nada tenía sentido. La idea de que su padre estuviera envuelto en asuntos turbios no dejaría de atormentarle desde aquella noche.